TRIBUNA

Isidoro Moreno
Catedrático de Antropología Social
de la Universidad de Sevilla

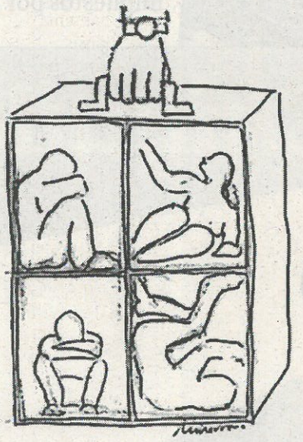
Está claro que en muchos países de del continente americano la partitocracia no garantiza la democracia. Se ha demostrado con la crisis de Ecuador, Argentina o, ahora, Brasil

Se vayan todos

EL *grafitti* que más hemos leído en las paredes de las calles de Quito, de donde acabo de regresar tras una reunión sobre Diversidad Cultural patrocinada por la Unesco, es el que da título a este artículo: "Se vayan todos". En el mes de abril pasado, un pacífico levantamiento popular hizo dimitir, y huir al extranjero, al tercer presidente de la república que ha tenido que dejar el cargo en los últimos cinco años, Lucio Gutiérrez. Una ejemplar exposición audiovisual sobre el levantamiento, en la Casa Municipal de Cultura, da cuenta de los hechos ocurridos en la capital de Ecuador hace tan sólo unos meses. Gutiérrez había sido elegido con el apoyo de sectores populares e indígenas como una esperanza de regeneración, pero pocos meses después de ocupar la presidencia cambió de alianzas, disolvió la Corte Judicial para tratar de imponer la impunidad del presidente anterior, condenado por corrupción, y se convirtió en un dócil peón de la oligarquía y de los Estados Unidos: la historia tantas veces repetida.

Cuando comenzaron las manifestaciones, el prepotente Lucio calificó despectivamente a quienes pedían su renuncia de "forajidos" y estos adoptaron combativa e irónicamente ese nombre. "Yo también soy forajido" fue, desde entonces, el lema de combate en pancartas y camisetas de decenas de miles de hombres y mujeres, que finalmente consiguieron la huida de quien había traicionado, otra vez, sus esperanzas. Hoy, el antiguo vicepresidente ocupa provisionalmente la jefatura del Estado –que carece todavía de órgano supremo del poder judicial– y se prepara para septiembre un referéndum con varias preguntas que podría ser la base fundante de un nuevo régimen político o un escalón más en la frustración popular.

"Se vayan todos" es la frase que refleja –como hace unos años en Argentina– el hartazgo respecto a la partitocracia que durante más de un siglo ha venido disfrazando como democracia lo que no es más que un sistema de reparto descarado del poder entre las diversas facciones de la minoría oligárquica constituída por la exigua minoría de ganadores de la globalización y sus acólitos, en detrimento de



las grandes mayorías, en este caso indígenas, negros, mestizos y pobres de cualquier origen étnico. La existencia de petróleo, descubierto hace algo más de treinta años, ha sido, en lugar de una suerte, una maldición. Las compañías trasnacionales han expoliado, y siguen expoliando, la riqueza del oro negro de la Amazonía ecuatoriana, llevándose libre de impuestos el 80% de su valor total. Otro 15% debe ser forzosamente invertido por Ecuador en el pago de su deuda con el Banco Mundial, por lo que sólo queda un 5% para aplicar a los presupuestos y gastarlo en las diversas, y abundantes, necesidades del país. Este verdadero latrocinio legalizado, que se acentúa con el alto nivel existente de corrupción generalizada, explica el éxodo espectacular de la población ecuatoriana de que tenemos aquí claro ejemplo en los últimos años. La inexistencia de soberanía nacional, a pesar de la retórica y los desfiles militares, se refleja en la desaparición de la moneda propia, el sucre, y su sustitución, sin más, por el dólar norteamericano, cuyos billetes son los únicos hoy válidos.

El Gobierno actual, encargado de abrir el camino a reformas políticas estructurales, se encuentra en el filo de la navaja: entre la presión indígena y popular, que puede explotar en cualquier momento con consecuencias imprevisibles, las maniobras oportunistas de los politiqueros de siempre, defensores descarados de intereses oligárquicos antipopulares, y la mano que aprieta de Estados Unidos y las instituciones de la globalización (BM, FMI…) El último acontecimiento importante ha sido la destitución del más importante miembro del Gobierno, el ministro de Economía, Correa, que se había atrevido a negociar con Venezuela un acuerdo financiero positivo para ambos países sin haber recibido la autorización de dichas instituciones. Su cabeza ha sido ofrecida en bandeja de plata por el presidente Palacios a los *yankis* para evitar una mayor hostilidad de estos, pero ello ha supuesto una fuerte bajada de su credibilidad en cuanto a la sinceridad de su reformismo.

Lo que sí está claro en Ecuador –y lo mismo podría decirse de Perú, Bolivia, Argentina y otros muchos países de la América Indo-Afro-Latina– es que no hay futuro democrático alguno en la partitocracia. Quienes, realmente más en Europa que allí, quisieron ver en el triunfo de Lula y su Partido de los Trabajadores una señal contraria a ello, pensando que serían posible reformas profundas por la vía de la democracia liberal basada en los partidos con algunas pinceladas de democracia participativa, han caído estos días del caballo ante la gigantesca red de corrupción que se ha descubierto en el PT y en todo el sistema político brasileño. Por eso, hoy, en el subcontinente, las miradas no se dirigen a Brasil sino a Venezuela, y el líder más admirado no es Lula sino Hugo Chávez. Quienes no conozcan la situación real, objetiva y subjetiva, de la América Indo-Afro-Latina, y quienes se empeñen en seguir aplicando a ella esquemas y recetas eurocentristas, podrán sorprenderse y escandalizarse de ello, aplicando "análisis" y repitiendo adjetivos descalificadores. Pero esa es la verdad. Cada vez más, respecto a los viejos o nuevos políticos profesionales, la posición de la inmensa mayoría no deja lugar a dudas: se vayan todos.

LA CIUDAD Y LOS DÍAS

Carlos Colón

Nada que esperar, mucho que expiar

HE guardado la página que publicó Nicolás Salas el pasado ocho de agosto y de vez en cuando me flagelo con ella. Cinco afilados garfios –uno por cada espléndido café desaparecido– desgarran desde esa página la carne de la memoria en este ejercicio de mortificación sevillana que, desgraciadamente, tiene más que ver con la expiación de culpas que con la petición de mercedes. Ninguna gracia, sino más bien más tropelías contra la ciudad, esperamos de quienes nos gobiernan. Y en cambio tenemos muchas culpas políticas, ciudadanas y personales que expiar. Tantas como cafés, tiendas, cines, teatros, bares, azulejerías publicitarias –por no decir casas, palacios, plazas, calles y manzanas enteras– hemos dejado que se derriben sin un gesto de protesta; todo lo más con un suspiro de nostalgia, y es sabido que ni los suspiros impiden los desmanes ni las nostalgias devuelven lo perdido.

En las fotos de los cafés Central, La Perla e Internacional (a las que podrían sumarse las del Madrid, Suizo, Gran Café de París o Gran Britz), del Pasaje de Oriente o del Centro Vinícola, se ve una Sevilla de cafés tan hermosos y amplios como hoy sólo encontramos en Madrid, Barcelona, Viena o París. No era una Sevilla mejor que la de hoy, desde luego, y quien guarde recuerdos reales y

No era necesario sacrificar esos cafés para progresar, ser más modernos o garantizar mejores condiciones de vida a los ciudadanos

no idealizados de ella así lo podrá confirmar. La historia cura la nostalgia. Pero sí era una Sevilla que tenía muchas cosas mejores que las de hoy y las perdió, no por la lógica del progreso, sino por grosera e ineducada elementalidad, cateta avaricia, acomplejado sentido de la modernidad, mal gobierno, desidia ciudadana y desprecio por la belleza y el confort. No era necesario sacrificar esos cafés –ni esos teatros, eso cines, esas tiendas, esos bares– para progresar, ser más modernos o garantizar mejores condiciones de vida a los ciudadanos.

El salón principal del Café la Perla que se ve en la fotografía podría competir con los más bellos cafés de Viena o París. ¿Qué ganamos perdiéndolo? La azulejería del rincón del Café Central en el que posan entre columnas de mármol tertulianos de bastón, canotier, bigote y cadena de reloj era común en vestíbulos, escaleras, tiendas, cines o bares. ¿Qué ganamos perdiéndolos? Nada. Como nada ganamos perdiendo las plazas del Duque o de la Magdalena, el teatro San Fernando o Casa Marciano, el Coliseo España o el Grano de Anís. Por eso nos flagelamos con estas fotografías, no impetrando, sino expiando. Y no sólo culpas pasadas, sino presentes. Siguen cerrando comercios históricos (Idígoras, esta vez, tras siglo y medio de vida) cuyas fachadas y escaparates sería obligatorio respetar para evitar pérdidas como las de Garach o Pascual Lázaro; y sigue planificándose con bárbaro criterio desarrollista y hortera sentido de la modernidad (Encarnación, reordenación de la Alfalfa, plaza del Pan y Salvador). No hay razones para esperar, sólo para expiar.

→ ccolon@diariodesevilla.es

EN TRÁNSITO

Eduardo Jordá

Domingos de agosto

SI uno está en la playa o de vacaciones en algún sitio, casi no se da cuenta de que le ha tocado vivir un domingo de agosto. Pero si uno está en una gran ciudad, un domingo de agosto es algo de lo que cuesta mucho olvidarse. Sobre todo a primera hora de la tarde, cuando uno tiene la sensación de que se ha equivocado de sitio y ha ido a parar a otra ciudad que no es la suya, aunque se parezca de una forma inquietante a la ciudad en la que vive siempre. En un domingo de agosto parece imposible que alguien se enamore, o descubra que es feliz, o sienta que la vida es una experiencia que vale la pena a pesar de todo. En un domingo de agosto no parece que existan razones para el amor o la felicidad o la confianza. A uno le asalta la sensación de que tiene que despedirse de alguien para siempre, o incluso llega a la desconsoladora certidumbre de que ya no le queda nadie de quien despedirse.

Porque lo primero que uno siente en un domingo de agosto es que está solo y que le va a ser imposible conocer a nadie. Da igual que uno esté acompañado o no viva solo; la sensación de soledad es inapelable. La ciudad está vacía, y lo que es peor, tiene la apremiante irrealidad de las cosas que entrevemos en las noches de insomnio o en las pesadillas más insoportables, cuando las cosas familiares se convierten en enemigas y nos amenazan con su sola presencia. Detrás de una fachada cualquiera, detrás de una esquina muy conocida, en la terraza de un bar en el que hemos estado mil veces –lo sentimos en los latidos acelerados de nuestro corazón–, hay algo que nos acecha, hay algo con lo que no queremos topárnos, un descubrimiento atroz, un hallazgo doloroso, la constatación de una nueva cobardía. Y no hay un solo lugar de la ciudad que esté a salvo de esta impresión. Incluso los jardines más bellos y las calles más acogedoras invitan a que nadie los recorra ni se sienta interesado por ellas. La vida está en otro sitio, no en esas calles desiertas, no en esos balcones a los que nadie se asoma, no en esas ventanas ciegas, no en esos parterres solitarios, no en esas paradas de autobús en las que nadie sube y baja. ¿Qué hago yo aquí?, se pregunta uno. Y uno sabe que lo mejor es no intentar buscar una respuesta. No la hay. Al menos, mientras dure este domingo interminable de agosto.

Un domingo de agosto es, en realidad, un estado del alma. Toda la desolación de la vida está ahí, en esa terraza de una cafetería en la que ni siquiera se han molestado en abrir las sombrillas. La única cliente es una vagabunda que tiene un perro callejero tumbado a sus pies. La mujer no toma nada y le está hablando a la mesa vacía, mientras que el perro finge que la escucha (es una historia repetida y los dos conocen ya su papel, en especial el perro). El camarero, que por una vez no tiene nada que hacer, mira a la vagabunda y después me mira a mí (¿qué se le habrá perdido a ese extraño por aquí?), y luego mira a un chino que está jugando al fútbol en la acera, usando una naranja caída como pelota. Y durante unos segundos sólo se oyen las palabras de la vagabunda que habla sola, y las risas del chino que juega al fútbol con la naranja, y el ruido de un autobús que pasa de largo, y el sonido de tus pasos que a nadie importan, y el eco de unas palabras que no consigues alejar de tu mente: bienvenido al invierno.